



XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO– CICLO B

19 de septiembre de 2021

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos nosotros.... **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

Nuestra reunión es de los que quieren ser discípulos de Cristo. Siempre hemos de preguntarnos: ¿qué es ser discípulos de Cristo? Hemos de pensar que un discípulo sigue al maestro y lo imita en su vida. Tenemos que seguir a Jesús e imitar a Jesús. Leyendo el evangelio encontraremos las palabras y las obras de Jesús. Hemos de animarnos a leer muy frecuentemente el Evangelio y conocer así cada vez más la vida y las enseñanzas de Jesús.

Nos disponemos ahora a participar con fe y devoción en este encuentro religioso del domingo. [**CANTO**]

ACTO PENITENCIAL

Confiamos en Jesucristo, el Hijo de Dios.

. - Salvador nuestro,

R/ Señor, ten piedad.

. - Redentor nuestro,

R/ Cristo, ten piedad.

. - Mediador nuestro,

R/ Señor, ten piedad.

Amén.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.

Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos,
te glorificamos, te damos gracias,
Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.



Señor, Hijo único, Jesucristo.
Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra súplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor, sólo tú, Altísimo Jesucristo,
con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh, Dios, que has puesto la plenitud de la ley divina en el amor a ti y al prójimo,
concédenos cumplir tus mandamientos, para que merezcamos llegar a la vida eterna.

Por nuestro Señor Jesucristo. **R/ Amén.**

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro del Sabiduría (2, 12.17-20)

Se dijeron los impíos: «Acechemos al justo, que nos resulta incómodo: se opone a nuestras acciones, nos echa en cara nuestros pecados, nos reprende nuestra educación errada; veamos si sus palabras son verdaderas, comprobando el desenlace de su vida. Si es el justo hijo de Dios, lo auxiliará y lo librá de los poderes de sus enemigos; lo someteremos a la prueba de la afrenta y la tortura, para comprobar su moderación y apreciar su paciencia; lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues dice que hay quien se ocupa de él.»

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**



Salmo responsorial Sal 53, 3-4.5.6 y 8

R/. El Señor sostiene mi vida
R/. El Señor sostiene mi vida

Oh Dios, sálvame por tu nombre,
sal por mí con tu poder.
Oh Dios, escucha mi súplica,
atiende a mis palabras. R/.
R/. El Señor sostiene mi vida

Porque unos insolentes se alzan contra mí,
y hombres violentos me persiguen a muerte,
sin tener presente a Dios. R/.
R/. El Señor sostiene mi vida

Pero Dios es mi auxilio,
el Señor sostiene mi vida.
Te ofreceré un sacrificio voluntario,
dando gracias a tu nombre, que es bueno. R/.
R/. El Señor sostiene mi vida

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol Santiago (3, 16-4,3)

Donde hay envidias y rivalidades, hay desorden y toda clase de males. La sabiduría que viene de arriba ante todo es pura y, además, es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera. Los que procuran la paz están sembrando la paz, y su fruto es la justicia. ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, que luchan en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis; matáis, ardéis en envidia y no alcanzáis nada; os combatís y os hacéis la guerra. No tenéis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, para dar satisfacción a vuestras pasiones.

¡Palabra de Dios! **R/ Te alabamos, Señor.**

[Canto del Aleluya]



EVANGELIO: Lectura del santo evangelio según san Marcos (9, 30-37)

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se marcharon de la montaña y atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterara, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará.» Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle.

Llegaron a Cafarnaún, y, una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?»

Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.»

Y, acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: «El que acoge a un niño como éste en mi nombre me acoge a mí; y el que me acoge a mí no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.»

¡Palabra del Señor! **R/ Gloria a Ti, Señor Jesús**

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO -B- MARCOS (9, 30-37):

Por segunda vez en pocos días, Jesús vuelve a instruir a sus discípulos sobre el destino que espera al Mesías. El domingo pasado, a propósito del reconocimiento público de Jesús como Mesías, que hizo el apóstol Pedro, escuchábamos de labios de Jesús el anuncio de que ese Mesías iba a sufrir, sería ejecutado ignominiosamente, pero resucitaría. En el evangelio que se ha leído hoy, Jesús, camino de Jerusalén (que es tanto como decir: camino de su encuentro con el rechazo y la muerte), vuelve por segunda vez a insistir en el mismo anuncio. En esta ocasión, el evangelista subraya la perplejidad de los discípulos al decir que éstos «no entendían aquello y les daba miedo preguntarle».

El rechazo y la condena del Mesías ya habían sido profetizados en el Antiguo Testamento, mediante la figura del Siervo de Yahvé, que se nos anunció el domingo pasado, y la del justo inicualemente perseguido, que acabamos de escuchar en el libro de la Sabiduría. Con ello, la Iglesia nos coloca frente al misterio del mal, que siempre hace acto de presencia en la historia humana, incluso en la primera comunidad cristiana, como testifica la Carta del Apóstol Santiago, que también acabamos de escuchar.

Por si fuera poco, el evangelista nos dice que por el camino Jesús instruía a sus discípulos sobre lo que iba a ocurrirle en Jerusalén y ellos no entendían, pero no se atrevían a preguntarle; mientras, ellos discutían sobre quién era el más importante. Estamos, pues,



ante una cadena perfecta de incomprendimientos. Los discípulos no entienden por qué el Mesías ha de padecer y ser rechazado, pero les da miedo preguntar, seguramente, porque intuían que la respuesta de Jesús no les iba a gustar. En contraste con la conversación que Jesús quiere mantener, ellos discuten sobre quién es el más importante. Y, como telón de fondo, las palabras del libro de la Sabiduría: «Acechemos al justo, que nos resulta incómodo y nos echa en cara nuestros pecados».

Así es cómo la maldad se va adueñando de la vida de los seres humanos: cuando algo contradice nuestras secretas ambiciones o egoísmos, no queremos saber, no queremos oír, nos da miedo que queden al descubierto nuestros defectos, criticamos al justo porque su vida honesta pone en evidencia nuestras actuaciones torcidas, no nos dejamos corregir, mientras crecen nuestros sentimientos de superioridad sobre los demás. Como hicieron los discípulos, entablamos esa carrera que pretende hacernos mejores y superiores a quienes nos rodean, aunque sólo sea a nuestros propios ojos. Con estos ingredientes se amasan las peleas y conflictos que hacen insufrible la vida en el pueblo, en la ciudad, entre las naciones y muchas veces en el interior de la propia familia.

Jesús no dejó pasar la ocasión de instruir a sus discípulos, y de paso a todos nosotros. Por eso, una vez llegados a casa, en Cafarnaún, se sentó, con una clara intención de hacer de maestro, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Atacó así de raíz el afán de orgullo y poder, reiterando que la verdadera grandeza, sin excepciones ni restricciones, está en servir al prójimo, tanto con el afecto como con los hechos. Y luego, poniendo en medio de ellos a un niño, que en aquella cultura era el símbolo de lo insignificante, de lo que no contaba para nada, lo abrazó y les dijo: «El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí». Con lo cual subrayaba, por si no había quedado claro, que se es grande cuando en la vida se hace sitio para quien no tiene grandeza a los ojos del mundo. Ni más ni menos.

Los Doce aprendieron la lección; no de inmediato, pues bien sabemos cuántas vacilaciones hubo todavía en sus vidas, pero con la fuerza del Espíritu Santo lograron seguir los pasos de su Maestro. Es lo que nosotros hemos de hacer con la ayuda de Dios.
Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.



ORACIÓN DE LOS FIELES:

Oremos a Dios Padre; Él es el nuestro auxilio.

Podemos responder: “**¡Te rogamos, óyenos!**”

1.- En un mundo en el que predomina la ambición y el poder: para que la Iglesia sea signo de Cristo, que vino a servir y a dar la vida por todos, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

2.- En un mundo en el que se busca sobre todo la eficacia: para que los más débiles de la sociedad no se vean despojados de sus derechos, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

3.- En un mundo en el que se medra costa de los demás: para que se valore la honradez, la austeridad, la sinceridad, la autenticidad, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

4.- En un mundo en el que no se valora el Evangelio de Cristo: para que cuantos nos preciamos de ser discípulos suyos entendamos sus palabras “quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos”, oremos:

R/ “¡Te rogamos, óyenos!”

Sálvanos, Señor, y escucha nuestra oración que te presentamos por intercesión de Santa María, la Virgen, Madre de la Iglesia y de Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
la mesa que compartimos los cristianos
y que refleja de manera imprescindible
la igualdad de todos los seres humanos ante Dios nuestro Padre,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]



Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Al terminar hoy nuestra celebración te pedimos,
Dios y Padre nuestro,
que nos concedas tu espíritu de caridad
para que permanezcamos unidos en el mismo amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Despedida

La Virgen María es la Madre de Jesús. Hoy hemos pensado que hemos de ser discípulos de Jesús y ella nos ayuda a serlo. Pedimos a la Virgen que nos ayude para que escuchemos siempre las palabras de su Hijo, que es nuestro Señor y Salvador.

Rezamos juntos el Avemaría. *“Dios te salve, María...”*

Que la bendición del Señor descienda y permanezca con nosotros

Bendigamos al Señor.

R/ Demos gracias a Dios.